

SER O NO SER
CAMPO DE REFUGIADOS AIDA
BELÉN

MOHAMMAD AL AZZA

ARTISTA & FOTÓGRAFO

CENTRO CULTURAL LAJEE

Empecé con la fotografía ya siendo artista. Tomando fotos del campamento, de la vida diaria, de la gente, de los niños y de las casas. Lo que sucede es que cuando vives en Palestina, se vuelve difícil fotografiar algo que no esté relacionado con la ocupación militar israelí. La situación te obliga a cubrirlo una y otra vez.

Estaba, como de costumbre en mi oficina, cuando comenzó el tiroteo. Tomé mi cámara y me acerqué a la ventana para tomar fotos. Unos 10 soldados israelíes marcharon por el campamento, disparando balas, gases lacrimógenos y bombas de ruido indiscriminadamente.

Seguí tomando fotos y los soldados siguieron avanzando.

Llegaron cerca de mi oficina de dónde yo me estaba asomando por la ventana, me comenzaron a gritar: "Ve a tu casa ahora".

Estaban siendo excepcionalmente violentos, así que comencé a cerrar mi ventana lentamente. En ese momento, uno de los soldados apuntó su rifle hacia mi cara y disparó.

La bala me dio en la cara. Dispararon con la intención de matar; si no hubiera estado en el segundo piso, habría muerto.

Gritaba, mientras los escuchaba reír a carcajadas. Sangraba mucho, pensaba que iba a morir. Pero estaba más preocupado por la cámara que por mí mismo, porque contenía fotos del soldado que disparó.

Estuvo hospitalizado durante 17 días. Me realizaron tres cirugías, mis ojos estaban fuera de su lugar, tuvieron que abrir y colocar piezas de platino para fijar el hueso.

No podía comer, porque no podía mover la boca. Bebía alimentos procesados con una paja.

Después de que me dieron de alta del hospital, me quedé en la casa de mi hermana. Una noche, cerca de 40 soldados irrumpieron en la casa mis padres, derribaron la puerta y destruyeron todo lo que tenían a su alcance. Les dieron un aviso de citación, exigiéndoles que yo vaya al interrogatorio.

Mi tratamiento exigía constantes controles médicos, seguimiento de medicamentos y exámenes, si me entregaba yendo al interrogatorio, nada de eso hubiese sido posible.

Entonces, por dos meses me moví secretamente por varias casas en Belén, mientras el ejército seguía acosando a mi familia.

Cuando la condición de mi cara mejoró, fui directamente a casa.

Esa misma noche entraron en mi casa.

Logré correr y escapar, entonces atacaron a mi familia, incluso a mi abuelo y abuela.

Fue una larga noche de huida, pero lograron encontrarme y comenzaron a golpearme violentamente. Les rogué que no me pegaran en la cara, pero justo al momento de decirlo, dirigieron sus golpes allí.

Me enviaron a una base militar, bajo investigación por 12 días. No hallaron evidencia para sus alegatos. Fui llevado a 5 cortes y ninguna fue capaz de sustentar los cargos en mi contra.

Finalmente, el jurado decidió liberarme, con una fianza de 500 dólares, y la obligación de ir a la corte cada mes para una entrevista. Esto continuó por tres años.

Volví al campo de refugiados a trabajar en la fotografía. Decidí no estancarme en la ventana de la oficina nunca más. Decidí acercarme a los soldados, a fotografiar entre ellos.

Luego de que me dispararan en la cara, ¿qué es lo peor que podrían hacerme?

Ellos quisieron matarme para detenerme de tomar fotografías y grabar, pero es un desafío que me mantiene en pie.

Ellos me empujaron a la idea de "Ser o no ser".